

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta reformationis, qui tam strenue religionis et  
justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—  
Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, Rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

## ADVERTENCIA.

Los señores suscritores cuyo abono concluye a fin del presente mes, se servirán avisarnos si quieren o no continuar recibiendo este periódico.  
La morosidad de muchos suscritores en satisfacer el precio de su suscripción, nos obliga a rogarles una vez más que lo envíen cuanto antes, pues de otro modo llegará día en que por consecuencia con ellos se vea esta empresa en descubierto con sus acreedores.  
La manera mejor de hacer el pago es remitir libranzas a la orden del administrador de EL PENSAMIENTO, o sellos de correo, pero en carta certificada.

## EXPOSICION

al

EXCMO. SEÑOR PRESIDENTE DEL GOBIERNO PROVISIONAL.

El Cardenal Arzobispo de Santiago y sus seguidores, que han visto la caída del trono y un cambio radical en nuestra situación política, y que de la fermentación revolucionaria han salido pensamientos y hechos que lastiman en gran manera a nuestra Iglesia; se creen obligados, ya después de pasado el primer hervor de las pasiones, a hacer al Gobierno provisional una pública manifestación de las doctrinas que profesan para defender, no los privilegios, sino los derechos de la Iglesia, vulnerados por algunas Juntas y por las disposiciones que han emanado recientemente del ministerio.

Desde luego protestamos delante de Dios y de los hombres que no es nuestro ánimo oponernos al desenvolvimiento político, que después del extraordinario acontecimiento que ha sobrevenido, pueda verificarse en nuestra nación. No pensamos mezclarnos en el negocio de candidaturas para el trono, ni condenar ninguna forma de Gobierno; no nos agitaremos con ardor febril alrededor de las urnas electorales; porque tenemos una misión más alta que desempeñar, cual es la de custodiar el sagrado depósito que se nos ha confiado. Nuestra bandera es la cruz; nuestras aspiraciones hacer todo el bien posible, a imitación de Nuestro Divino Maestro. Enseñar la fe y las reglas de la moral. Este es nuestro primer deber; este el primer encargo que nos hizo el Hijo de Dios al decirnos: *«Ad y enseñad»*, cargo que no podemos descuidar sin hacernos prevaricadores.

El medio seguro para no errar en esta sublime misión de enseñar a todas las gentes, es nuestra unión inquebrantable hasta la muerte con el centro de la unidad católica, con la Iglesia madre y maestra de las demás, con el pastor encargado por Jesucristo de apacentar sus ovejas y corderos, y a quien mandó confirmar en la fe a sus hermanos. Esta comunión, esta firme adhesión a la piedra fundamental de la Iglesia, forma principalmente la admirable unidad que ha dado siempre a esta sociedad divina aquella fuerza invencible contra todas las tempestades, que en la sucesión de los siglos, se han desencadenado, y ha hecho que la barquilla de Pedro no se hundiese, como no se hundirá jamás. Esa unidad del Episcopado católico subordinado al supremo Gerarca, es el distintivo visible de la verdadera Iglesia de Jesucristo, y que la hace brillar con la luz del cielo entre las sectas que se han separado de la Iglesia Madre, y son como las ramas cortadas que no reciben la vida del antiguo tronco.

Profesamos la máxima de que, por el derecho evangélico, se distingue la Iglesia del Estado, que Jesucristo manda dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Este es un artículo importante de la Constitución divina de la Iglesia y el fundamento de la libertad de los pueblos cristianos: la potestad política y religiosa son distintas; así está dispuesto por el derecho evangélico, derecho que han desconocido los protestantes y los cismáticos, los cuales han hecho a los jefes de sus pueblos emperadores y pontífices Máximos, como en el paganismo; y si el Pontífice Romano ejerce ambos cargos en sus reducidos Estados después de la caída del imperio romano, lo ha dispuesto así la Providencia precisamente para que se conservasen distintas las dos potestades en las naciones cristianas, y para que el Vicario de Jesucristo ejerciese libremente la potestad espiritual sin excitar los celos de ninguna nación.

Esta máxima evangélica de la distinción de las dos potestades, basta para conocer el valor que tiene la acusación de teocracia con que se nos quiere ofender. La teocracia es el gobierno de un pueblo por medio de un hombre que Dios elige y designa, dándole un código de leyes civiles y religiosas formado por el mismo Dios, como sucedía en el pueblo de Israel. Nosotros hemos sido puestos para enseñar la verdad. A eso vino Jesucristo al mundo, a dar testimonio de la verdad, y nosotros continuamos esa divina misión como nos la encargó terminantemente. Si esto se llama teocracia, nos consolaremos con el recuerdo de que también a Jesucristo se le acusó de que quería hacerse rey, a pesar de que había mandado pagar el tributo al César. Si la influencia que la predicación de la verdad cristiana ejerce naturalmente en un pueblo, se traduce por aspiración a la teocracia, sentimos que se use con tan poca propiedad de esa palabra. Nosotros no podemos menos de obedecer a Dios que nos manda enseñar.

La libertad de cultos es una de las ideas que han fermentado en las Juntas revolucionarias. Expondremos con lisura nuestra doctrina sobre este punto, el más grave de todos, porque afecta a la constitución secular entrañada en nuestra nación. Profesamos como una verdad católica que no es lícito la tolerancia dogmática, esto es, que no es lícito mirar con indiferencia todas las religiones, ó creerlas todas igualmente agradables a Dios, porque solo puede agradarle la profesión de la religión verdadera, de sus dog-

mas revelados, de su culto, que es la manifestación de ellos, de su disciplina ó reglas de gobierno para la sociedad que la profesa. Sostenemos también que al revelar Dios la religión cristiana, quiso que todos los hombres se sometiesen a ella tan pronto como los fuese suficientemente propuesta, y que ninguno tiene verdadero derecho para rebelarse contra la voluntad de Dios, eligiendo a su arbitrio unas creencias y un culto diverso del que quiere que se le tribute.

Es también doctrina católica que los que rechazan culpablemente la religión que Dios ha revelado, ó lo que es lo mismo, que los que viven culpablemente fuera de la Iglesia católica, no se salvan; y decimos culpablemente, porque los que viven sin culpa en una religión falsa no serán castigados por este; la ignorancia invencible los excusa y solo serán responsables delante de Dios de la infracción de los preceptos de la ley natural grabados en nuestro corazón. Estas máximas constituyen nuestra ignorancia teológica que consiste en la adhesión inquebrantable a la verdad revelada por Dios, y en la reprobación del error que se le opone, a la manera que un geómetra está adherido invenciblemente a los teoremas de Euclides, y rechaza las aseveraciones que los contradigan. La Iglesia tiene que guardar el depósito de la verdad y todo lo sacrifica a esta fidelidad para con Dios: todos intolerantes con el error, y muy tolerantes y caritativos con los que yerran.

Tolerancia civil. Aquí comienza otro orden de ideas. La tolerancia dogmática sería ofensiva a Dios, que es la suma verdad. La tolerancia civil se refiere a la conducta del soberano de un Estado con respecto a la religión verdadera y a las falsas. Desde luego se conoce que ese soberano, si es católico, no puede aprobar en su conciencia estas últimas; pero confesamos también que ese soberano puede, dada cierta situación de la sociedad, cuyo gobierno temporal le está encomendado, tolerar licitamente las religiones falsas, y aun la libertad igual de cultos, como sucedería si una heregia hubiese dividido a la nación en dos bandos iguales ó casi iguales en número, que se hiciesen una guerra fratricida, y no hubiese otro medio de terminarla que otorgando la tolerancia ó libertad de cultos; la tolerancia permitiendo que la falsa religión se manifestase públicamente, pero sin protegerla más que en lo que exige la conservación de orden público, y continuando la verdadera siendo la religión del Estado: la libertad de cultos tratándolos a todos con igualdad.

Una necesidad imperiosa, hé ahí la causa que justificaría delante de Dios la conducta de ese soberano católico, que tolerase civilmente por mas que en su conciencia detestase la falsedad y el error. Las Cortes Constituyentes, ya que no lo haga directamente el sufragio popular, parece que están llamadas, en la presente situación de España, a juzgar y resolver si hay ó no verdadera necesidad, una necesidad imperiosa de admitir la tolerancia, ó lo que es mas, la libertad de cultos; ó si se debe dejar vigente la constitución secular de nuestra España sobre nuestra unidad religiosa. Esta es la cuestión mas grave y mas trascendente que se va a resolver. Se trata de si se ha de arrancar el corazón a nuestro pueblo para darle otro nuevo. Salta a la vista que la operación seria peligrosísima.

Si a nosotros nos fuese permitido manifestar nuestra opinión, como concededores que somos de la situación religiosa de España, diríamos que el voto de las Juntas, y de una parte de la prensa periódica, no es el voto de la inmensa mayoría del pueblo español eminentemente católico, y que creemos firmemente que por dicha nuestra no existe una verdadera necesidad de establecer como ley la tolerancia civil, y mucho menos la libertad de cultos. Estamos persuadidos de que no habrá media docena de españoles que, por convicción, quieran abrazar otra religión positiva haciéndose protestantes, judíos ó mahometanos, creyendo que estas religiones son mas verdaderas, mas agradables a Dios y mas santas. Sabemos que lo que quiere un corto número de españoles es desgraciadamente no tener religión ninguna, y que mira con soberano desprecio, lo mismo la religión católica que las demás. Esta es la verdad. ¿Qué necesidad hay de otorgar muchos cultos a los que no quieren ninguno? Se trata de dispensar esa gracia a los extranjeros? Dudamos que haya ningún extranjero que se detenga en estos tiempos en venir a sus negocios a España por temor de nuestra unidad religiosa. Saben que nadie los molesta sobre la religión que profesan.

No existe, pues, la necesidad; y en cambio, si se autorizase la tolerancia ó la libertad de cultos, nos vendría la discordia en las familias, la indiferencia religiosa y otros males. Tan pocas divisiones hay entre nosotros, que hayamos de traer otra más honda y de más funestas consecuencias? ¿A qué buscar un fermento que corrompería toda la masa? Esto nos parecería poco cuerdo, prescindiendo de la obligación que un Gobierno católico tiene ante Dios, de proteger la religión verdadera, que es la única que puede hacer felices a los pueblos. El error siempre es un mal, y el mal no puede ser la verdadera causa de la felicidad de una nación. Es indudablemente más perfecto un Estado que profesa la unidad de la verdad, que el que tiene que sufrir las variaciones incesantes del error.

Los tiempos han traído una tolerancia práctica respecto de los extranjeros que profesan otra religión, que es bastante para que vengán a España a hacer sus contratos sin recelo ninguno, y como no se metan a propagandistas de sus falsas creencias nadie los molesta; y los Obispos somos los primeros en tratarlos con la cortesía y el respeto que se merecen como hombres, por más que nos compadecemos de su extravío en religión. El protestantismo está vencido en el campo teológico, y solo puede hacer prosélitos ya entre gentes ignorantes. Pasó la moda, y el protestantismo está de vuelta hacia

la unidad católica. En Inglaterra se vienen en tropel a nuestra Iglesia muchos hombres importantes por su saber ó por su cuna. La voz de Pío IX, que con ocasión de la convocación para el Concilio, ha exhortado a los protestantes y a los griegos cismáticos a que se vuelvan a la Iglesia madre para que haya un solo redil y un solo pastor, ha producido cierta conmoción saludable en esas dos ramas cortadas, en las iglesias Focianas y en las Luteranas y Calvinistas. ¿A qué traer, pues, a nuestra España lo que está ya carcomido? Esto nos haría ridículos, nos haría semejantes a los que habitan en nuestras villas y aldeas, que adoptan la moda cuando se va dejando en las ciudades.

Libertad de imprenta: libertad de enseñanza. Diremos también francamente nuestro pensamiento sobre estas dos cosas muy importantes. La palabra libertad pertenece al diccionario de la lengua cristiana. Mas de trescientas sesenta veces se halla en la Biblia esa palabra con las dos de que se deriva, y nuestro Señor Jesucristo tiene entre otros nombres el de *libertador del género humano, Redentor y Salvador del mundo*. Nada diremos de esa libertad espiritual, la más importante de todas porque se refiere a la eternidad, a nuestra salvación de la servidumbre del pecado, de la tiranía del demonio y de la condenación eterna. Pero ¿cosa extraña! La religión cristiana, que parece ocuparse solo del cielo y de esa libertad sobrenatural del hombre, ha traído también la libertad a la tierra; ella ha hecho desaparecer, aunque lentamente, la lepra de la esclavitud pagana, que era incompatible con la dignidad del cristiano, hecho hijo de Dios y redimido con una sangre preciosa: ha hecho libre a la mujer, antes esclava, declarándola compañera del hombre: ha hecho un ser sagrado del niño, que en el paganismo era, y es tratado con increíble inhumanidad.

La Iglesia ha tenido que defender contra las heregias la libertad natural, ó el libre albedrío de que Dios nos ha dotado y que nos eleva sobre las bestias, como que tiene su raíz en la inteligencia y en la razón, y hoy la está defendiendo contra los materialistas que niegan, a lo menos implícitamente, la libertad ó la facultad de elegir; porque la materia obra obedeciendo con impetu ciego a leyes indeclinables, a leyes a las que falta ni puede faltar, impuestas por el Hacedor Supremo.

Dios ha dado al hombre la libertad de pensar, la libertad de hablar, la libertad de enseñar, la libertad de escribir y publicar sus ideas por medio de la prensa, ¿quién lo duda? Pero todas esas libertades tienen la limitación necesaria que les impone la ley y la eterna justicia, y el salirse de esa órbita no es la libertad dada por Dios, sino abuso de este don precioso, desorden y servidumbre. Porque, ¿qué servidumbre hay mas miserable que la del error y de las pasiones desordenadas? Dios no ha dado al hombre la libertad para que abuse de ella; porque este abuso turba el orden de su imperio, y sus criaturas no pueden salirse de él sin sufrir la pena de su pecado. La libertad es el movimiento desembarazado dentro de la esfera de la verdad y del bien, y el abuso es un defecto de ella, porque no es tan perfecta como la de Dios. No aquí nuestra doctrina acerca de la libertad en general.

Descendamos más: libertad de pensar y libertad de conciencia. Si no se quiere significar hipocritamente otra cosa que lo que suenan esas expresiones, confesamos que ni la Iglesia ni el Estado tienen acción sobre ellas, y solo son justiciables delante de Dios. Pero si por libertad de pensar y de conciencia se entiende capciosamente la libertad de manifestar los más íntimos pensamientos, entonces, como que afectan a ambas sociedades, confesamos que puede legislarse sobre estas cosas para conservar el buen orden en la sociedad civil y religiosa. Otro tanto sucede con la libertad de enseñanza y de imprenta. No podemos admitirlas como absolutas é incondicionales; porque tienen por de pronto la limitación de la ley natural, que no permite enseñar el error ni ofender al prójimo; y tienen luego las limitaciones que la sociedad las imponga para que no turben el orden. El error y el mal no pueden tener derechos; y así como la sociedad prohíbe acufiar y esparcir moneda falsa, así puede también prohibir esparcir el error. Confesamos igualmente que una sociedad puede llegar a una situación tan desgraciada, que sea lícito tolerar la libertad del error, para que se conceda la libertad de la verdad: en esa triste situación elegiríamos el mal menor reclamando la igualdad para todos.

Libertad de asociación. Poco tenemos que decir sobre esto, admitimos todas las asociaciones que se hagan para el bien, y en virtud de ese principio reclamamos la libertad de asociación para las instituciones católicas. Algunas juntas formadas en los primeros momentos de nuestro movimiento político, y que no debieron servir más que para conservar el orden público al cesar las autoridades que antes estaban constituidas, han mostrado una sana incalificable contra pacíficas asociaciones religiosas y contra los templos del Señor; y decimos pacíficas, porque todo hombre imparcial las tendrá por tales, mientras no se presenten pruebas en contrario, pruebas que nunca se presentarán: tenemos de esto la más íntima convicción, y desafiamos a que se exhiban en los tribunales de justicia las pruebas de que no eran pacíficas esas asociaciones religiosas.

El Gobierno provisional, bajo la presión sin duda de lo hecho por algunas juntas, ha convertido en decretos algunas de aquellas determinaciones tomadas con tan poco acuerdo; y tenemos la desgracia de aparecer los españoles como perseguidores de inofensivas y pacíficas asociaciones religiosas. Esto lastima nuestro corazón y nuestra hidalguía.

Permítanosos quejarnos de unas determinaciones que solo pueden tener alguna disculpa en

la efervescencia de la pasión política, que suele turbar la vista aun de los hombres más sensatos; y por lo tanto no podemos menos de pedir respetuosamente al Gobierno provisional que suspenda lo decretado acerca de las religiosas, que cese la demolición de templos, y que se abra un proceso para que todos sepamos qué crimen han cometido tantos sacerdotes lanzados de sus colegios, y que han ido a buscar hospitalidad en pais extranjero.

En todas las naciones cultas de Europa, y aun en las bárbaras, se consienten los institutos religiosos del uno ó del otro sexo, aun cuando en ellas no se profese la religión católica. Sus gobiernos ningún peligro ven para la conservación del orden público, ni para la prosperidad temporal, en la existencia de esas comunidades. Testigos la Inglaterra y la Alemania protestantes; testigos los Estados Unidos y las repúblicas de América; testigo la Turquía. Las comunidades religiosas son expansiones naturales del catolicismo, y allí donde alguna vez han sido extinguidas han vuelto a aparecer tan pronto como ha cesado la opresión. Este es el fenómeno constante de la historia, fenómeno muy significativo.

Se proclama la libertad absoluta en todas sus manifestaciones, y se coarta la de unas inofensivas mujeres que quieren vivir en el retiro del claustro, porque allí son felices, y hombres sin entrañas las han arrojado en algunos puntos a la calle, cerrándolas sus pobres albergues, hacia los cuales están volviendo sus ojos arrasados en lágrimas.

Esto es una inhumanidad que clama al cielo, y que no dudamos se apresurará a remediar el Gobierno provisional, borrando esta mancha que se ha querido echar sobre el pueblo español tan noble, tan generoso, tan hidalgo. Solo añádermos que las comunidades religiosas del uno ó del otro sexo, se habían formado al abrigo de las leyes, al amparo de un tratado solemne estipulado entre la corona de España y el Soberano Pontífice. La lealtad española no consiente que se falte a la fe de los tratados; si en ellos debe modificarse alguna cláusula, ábranse nuevas negociaciones entre las dos partes contratantes, y no se diga nunca del pueblo español que tiene la fe púnica: que no caiga sobre nosotros ese baldón con que los siglos deshonran a los cartagineses.

Solo nos resta decir una palabra sobre el sufragio universal. Nosotros al paso que reconocemos que no hay autoridad, si no viene de Dios, confesamos que para que esta autoridad encarne en una persona, ó en una corporación, es de necesidad que intervenga un hecho humano, y dejando a un lado la cuestión especulativa acerca del hecho que personificó la autoridad en los primeros jefes de las sociedades, confesamos que después de la convulsión profunda que ha sufrido la nación española, no haya otro medio de constituir la autoridad, en una ó mas personas, que el sufragio popular, el consentimiento del pueblo. Desechamos la fábula del *Contrato social* tomada de los antiguos poetas; y contraria a los monumentos de la historia. El estado salvaje no fué el primitivo del hombre, sino que es su degeneración. Esto nos dice la historia, aunque la mitología diga otra cosa. Los poetas tienen licencia para atreverse a lo todo.

Nosotros partimos del hecho de nuestra reciente revolución, y aunque no hemos tenido parte en ella, en esta situación accidental, reconocemos el sufragio universal como medio de personificar la autoridad en un individuo ó en un cuerpo moral, que ejerza la soberanía y rija la sociedad. Lo único que deseamos es que la elección se haga pacífica y libremente, que cese el encono de las pasiones, y que salgan de las urnas diputados amantes de su patria, y capaces de darnos un gobierno digno y que secundé las aspiraciones, no de una fracción, sino de la generalidad del pueblo español, tan amigo de lo recto, de lo justo, de lo noble y generoso, tan amante de su religión, que es la única verdadera.

Hemos manifestado nuestras doctrinas en relación con la situación creada por nuestro reciente movimiento político, doctrinas compatibles con la verdadera libertad de los pueblos, como que es hija del cristianismo. Pero ¿qué decimos como compatibles? Solo la verdad y la justicia, que el Evangelio nos enseña, pueden hacer libres y felices a las naciones, y aquella palabra del que es la sabiduría increada, *la verdad os hará libres*, nos revela con admirable concisión el misterio de la verdadera libertad, cuya idea vaga seduce a tantos, y hace que se crean autorizados para todo. No. Fuera del orden no hay libertad, sino tiranía.

La libertad es hija de la verdad y de la justicia; y como nosotros somos los enviados del Hijo de Dios para enseñar los dogmas de la fe y de la moral, habiendo prometido estar con nosotros hasta el fin del siglo, de ahí que seamos naturalmente los defensores de la verdadera libertad, por más que creen otra cosa los que no conocen el cristianismo.

Concluimos, Excmo. Sr., rogando al Gobierno provisional que deje intacta la gravísima cuestión de la libertad religiosa, hasta que se resuelva en las Cortes constituyentes: que si se permite a la prensa abogar por ella, no se la permita negar la divinidad de Jesucristo, escarneciendo al pueblo español que la cree; que cese la demolición de templos, que se suspenda el derecho sobre supresión ó reunión de conventos de religiosas; que se abra un juicio para saber los crímenes que han cometido los sacerdotes españoles que han sido lanzados de sus colegios de enseñanza, y se han visto obligados a buscar hospitalidad en pais extranjero, y que no se rompa, sino que se modifique por los medios regulares, si es necesario, el Concordato de 1851; que cese, en fin, una hostilidad inmotivada, que causa honda pena a la generalidad

de los españoles, sin ventajas para establecer en política un nuevo orden de cosas, que nos traiga la paz y la felicidad temporal. La Iglesia es el mejor auxiliar de todo gobierno de orden y de libertad, y la concordia entre el sacerdocio y el imperio, es la fuerza de una nación y la fuente fecunda de ventura y prosperidad.  
Santiago y Noviembre 13 de 1868.

## PARTE OFICIAL DE LA GACETA

### MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

#### DECRETOS.

Abolido por la ley municipal de 21 de Octubre último el sistema absorbente y centralizador que dominaba en la de 8 de Enero de 1845 y mucho más en la reforma que la misma sufrió en 21 de Octubre de 1866, era una consecuencia natural del principio, por la revolución ahora, por la ciencia, antes proclamado, que las cuestiones relativas a la existencia y alteraciones de la entidad municipal se resolviesen por un criterio más expansivo, más local y apropiado a las necesidades é intereses del vecindario, sin que por eso se desentendiese el Gobierno de la intervención natural que le compete como juez superior en cuanto se refiere a la organización de las unidades municipales, cuyo conjunto compone la nación. A las diputaciones provinciales corresponde hoy, pues, resolver sobre la creación, supresión y segregación de ayuntamientos, según el art. 30 de la ley de 21 de Octubre último, y el párrafo noveno del artículo 17 de la orgánica provincial de la misma fecha, no siendo ejecutivos, los acuerdos de dichas corporaciones sobre tales puntos, hasta obtener la aprobación del Gobierno, oyendo al Consejo de Estado. En este concepto, derogada la ley reformada de 8 de Enero de 1845, no pueden ya prosperar los ante-proyectos de arreglo de distritos municipales formados por los gobernadores en virtud de los artículos 71 y 74 de dicha ley y de la orden dictada para su ejecución en 23 de Octubre de 1867; y el Consejo de Estado, a quien se remitieron para su informe, no puede ya evacuarlos sin el requisito previo é indispensable del acuerdo de las respectivas diputaciones provinciales.

Fundado, pues, en lo expuesto, como individuo del Gobierno provisional y ministro de la Gobernación, he venido en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º El Consejo de Estado remitirá a este ministerio en el estado en que se encuentren, los ante-proyectos y expedientes sobre arreglo de distritos municipales que se hayan incoado, conforme a lo dispuesto en la ley de 8 de Enero de 1845, y su reforma de 21 de Octubre de 1866.

Art. 2.º Las diputaciones provinciales, luego que se constituyan con arreglo a la ley orgánica provincial de 21 de Octubre último, procederán sin demora, en conformidad con el cap. 3.º de la ley municipal de la misma fecha, a formar los ante-proyectos de la división municipal de sus respectivas provincias, adoptando sobre ellos las resoluciones que les corresponden, y remitiéndolos a este ministerio para su aprobación.

Art. 3.º Por este ministerio se expedirán las instrucciones necesarias para llevar a efecto de una manera uniforme en todas las provincias lo dispuesto en el artículo anterior.

Art. 4.º No se admitirá ni dará curso a ninguna exposición ó reclamación de creación, supresión ó segregación de distritos municipales, que no haya sido antes resuelta por la Diputación de la provincia a que corresponda, y sea remitida al ministro por conducto del gobernador.

Art. 5.º Se restablecen todos los ayuntamientos que las juntas disolvieron durante el período revolucionario, así como se declaran disueltos aquellos otros que se constituyeron por sí ó que las mismas juntas crearon. Los gobernadores excitarán a las Diputaciones provinciales para que resuelvan cuanto antes los expedientes que se instruyan sobre el arreglo de los distritos municipales.

Madrid 24 de Noviembre de 1868.—El ministro de la Gobernación, Práxedes Mateo Sagasta.

Deseo el Gobierno provisional de abreviar en cuanto fuese posible la reorganización política del país, y de resignar pronto ante las Cortes Constituyentes el poder que la revolución puso en sus manos, acordó que se anticipasen las elecciones de ayuntamientos, fijando al efecto en la circular del 10 del corriente, el día 1.º de Diciembre para que estas comenzasen. Muchos Gobernadores, sin embargo, han hecho presente a este ministerio que no es posible cumplir, en tan corto plazo, las delicadas operaciones preliminares que constituyen la principal garantía de la verdad electoral, y muy principalmente la de imprimir y repartir el credencial número de cédulas que han de comprobar el derecho y la personalidad de cada elector.

Y aunque esta razón no fuera por sí bastante poderosa para prorogar por algunos días más el plazo en que deba procederse a la elección de los ayuntamientos, el Gobierno ha tenido muy en cuenta otra razón decisiva, que expone a la consideración del país, y que somete confiadamente a la aprobación de los hombres honrados. De pocos días a esta parte se nota que en algunos pueblos, afortunadamente en corto número, minorías turbulentas, que nada habían hecho en favor de la libertad en los días de peligro, abusando hoy de la tolerancia y del respeto que el Gobierno debe a todas las opiniones, tratan de imponer la suya por medios violentos, é impiden que los ciudadanos pacíficos se reúnan y concierten para manifestar cuáles son sus aspiraciones, y por qué medios mejores se han de llevar a término y se han de consolidar los principios que la revolución ha proclamado.

Es necesario, pues, que antes de proceder al acto importantísimo de elegir los nuevos ayuntamientos, todas las opiniones estén garantidas, y el ciudadano honrado tenga la seguridad de que podrá emitir libremente el voto que su conciencia le dicte y el interés de la patria le aconseje: que no pueda decirse que la primera vez que se practica en España el sufragio universal no se ha respetado ampliamente por todos el derecho y la libertad del elector: que no pueda decirse que la influencia corruptora de los poderes caídos, está reemplazada hoy por la acción opresora y tiránica de turbas armadas.

Para que el Gobierno pueda acudir a esta necesidad, cumpliendo el mas apremiante de sus deberes, el que suscribe, como ministro de la Gobernación y de acuerdo con el Gobierno Provisional, ha venido en decretar:



1.º Las elecciones de ayuntamientos, que según la disposición 3.ª de la circular de 10 del corriente habían de comenzar en 1.º de Diciembre próximo, principiarán el día 18 del propio mes.

2.º El escrutinio general se verificará el 23 del mismo.

3.º Expuesta al público la lista de los elegidos el 24, se admitirán hasta el 26 inclusive las reclamaciones y excusas de que habla el art. 69 del decreto electoral.

4.º Los nuevos ayuntamientos se constituirán el día 4.º de Enero, con arreglo a los arts. 42 al 47 inclusive de la ley municipal en los pueblos en que no hubiere reclamaciones o excusas, aunque en las actas se hubiesen formulado algunas protestas.

5.º Las diputaciones provinciales resolverán antes del 13 de Enero las reclamaciones que contra las actas hubiere, suspendiéndose la instalación de los ayuntamientos a que se refieren hasta que se comuniquen los acuerdos de aquellas corporaciones.

6.º Los gobernadores de las islas Baleares y Canarias prorrogarán los plazos electorales en proporción a lo establecido en las disposiciones anteriores.

7.º Queda en lo demás en su fuerza y vigor la circular de 10 del corriente.

Madrid, 24 de Noviembre de 1868.—El ministro de la Gobernación, Práxedes Mateo Sagasta.

La institución de la fuerza ciudadana, a que el Gobierno desea dar y dará efectivamente toda la solidez y legalidad necesarias para que llene los altos objetos a que se encuentra destinada, no debe continuarse por más tiempo sin organizarse con entera sujeción a lo dispuesto en el decreto de 17 del corriente.

Mientras esto no se verifique, mientras en ella puedan encontrarse elementos más o menos desahogados con los principios que forman el carácter de la institución, bien determinado en el decreto, verase expuesta a correr los azares que en las cosas políticas asedian a lo que no entrando en el cuadro de la legalidad, carece de raíces para resistir los embates que siempre, y sobre todo en momentos de transición, tienden a estorbar el desarrollo de las situaciones liberales.

La fuerza ciudadana si no ha logrado constituir en las diversas épocas de su gloriosa existencia un dique superior a todo género de invasiones, ha consistido en que esos defectos de su organización daban lugar a que se la explotase por los que, si bien divididos en cuanto al objeto real, ó aparente de sus deseos, concurrían sin embargo a la obra de una destrucción deplorable.

Esto es lo que el Gobierno desea evitar a todo trance, y esto es lo que hoy urge doblemente; hoy que a la agitación propia de las circunstancias y del interés que a los buenos ciudadanos inspiran, se mezclan otras de intención cuando menos dudosas; hoy que, próximo por primera vez a ensayarse el sufragio universal, es de necesidad absoluta prepararle el campo de manera que no pueda proyectarse ni aun siquiera la sombra de la presión mas leve.

Por estas consideraciones, y con el firme propósito de que cuanto antes sea una verdad la organización legal de la fuerza ciudadana, cortando todo pretexto que pueda inutilizar los resultados que de ella se esperan, de acuerdo con el Gobierno Provisional, y en uso de las facultades que como ministro de la Gobernación me competen.

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Los ayuntamientos procederán inmediatamente a rectificar el alistamiento de la fuerza ciudadana de voluntarios de la libertad que exista armada ya en sus respectivos distritos municipales, sea cual fuere el estado de su organización, arreglándose a las prescripciones del decreto orgánico de 17 del actual.

Art. 2.º Todo ciudadano que para el día 10 del próximo Diciembre no hubiese ratificado ante la autoridad competente su propósito de pertenecer a la fuerza ciudadana de voluntarios de la libertad, se entenderá que renuncia a formar parte de la misma.

Art. 3.º Los ciudadanos que para la citada fecha del 10 de Diciembre no hubiesen sido comprendidos en el alistamiento rectificado, ó en el que nuevamente se forme en las poblaciones en que deba organizarse la fuerza de voluntarios, conforme al decreto orgánico citado, por no haberla tenido a la fecha de su publicación, entregarán las armas a la autoridad civil de la localidad respectiva.

Art. 4.º Los que hallándose comprendidos en el artículo anterior resistan la entrega de las armas a la autoridad competente, serán considerados como perturbadores del orden público y entregados a los tribunales ordinarios para ser juzgados con arreglo al Código penal.

Madrid 24 de Noviembre de 1868.—El ministro de la Gobernación, Práxedes Mateo Sagasta.

#### MINISTERIO DE FOMENTO.

##### DECRETO.

En uso de las facultades que me corresponden como individuo del Gobierno provisional y ministro de Fomento, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo único. Serán devueltas inmediatamente a sus dueños las cantidades que para establecer y tener abiertos colegios privados de segunda enseñanza, tengan consignadas con carácter de fianza en el Banco de España, en la Caja general de Depósitos ó en sus dependencias, con arreglo a lo dispuesto en el art. 150 de la ley de 9 de Setiembre de 1857, y en el 236 del reglamento vigente de segunda enseñanza, ó en virtud de disposiciones posteriores.

Madrid 23 de Noviembre de 1868.—El ministro de Fomento, Manuel Ruiz Zorrilla.

#### MINISTERIO DE MARINA.

##### DECRETO.

Art. 1.º Queda aprobada la clasificación del cuerpo general, verificada por la Junta provisional de gobierno de la Armada, y el resultado de dicha clasificación.

Art. 2.º Se aprueba el número asignado a todas las escalas del cuerpo general, así como los destinos que señalan las adjuntas plantillas.

Art. 3.º Procederá inmediatamente la expresada Junta a la provisión de los destinos que en la actualidad se hallan vacantes, cubriendo con ascensos, hasta la clase de brigadieres inclusive, el número asignado a dichas escalas.

Art. 4.º Se suprime en la Armada el empleo de brigadier, y luego que resulte esta clase definitivamente amortizada, se asignarán progresivamente al primer tercio de la de capitanes de navío todas las consideraciones militares y derechos que hoy disfruta dicha suprimida clase.

Art. 5.º Se sustituyen respectivamente las denominaciones de capitán general, teniente general y jefe de escuadra, con que vienen designándose los oficiales generales de la armada, por las de almirante, vice-almirante y contra-almirante.

Art. 6.º Se divide la escala de teniente de navío en dos clases, que se denominarán primera y segunda. Formarán la primera clase los 80 tenientes de navío mas antiguos: desempeñarán los destinos que señala la plantilla núm. 3, y disfrutarán el sueldo de 1,920 escudos anuales, que es el que tiene asignado la clase de comandantes de infantería del ejército, con lo cual quedarán asimilados en toda concurrencia del servicio. Los tenientes de navío restantes, ó sean los de segunda clase, continuarán percibiendo el sueldo de 1,200 escudos que hoy disfrutan.

Art. 7.º Se determinarán las insignias que deban usar los tenientes de navío de primera y segunda clase.

Art. 8.º Procederá inmediatamente la Junta provisional de gobierno de la Armada a presentar un proyecto de ley de ascensos para todos los cuerpos que forman la marina militar, ajustándose respecto al general de la Armada y a las siguientes bases:

1.ª Antigüedad absoluta desde la clase de capitán de navío a la de alférez de navío inclusive.

2.ª Elección condicional para ascender a contraalmirante.

3.ª Antigüedad absoluta desde esta clase a la de almirante.

4.ª Postergación ó retardo en el ascenso como justo resultado de notas de demérito:

5.ª Retiro voluntario y a juicio del gobierno, en vista de expediente que así lo aconseje.

6.ª Retiro forzoso por edades en todas las clases, y la elección también en todas como premio especial por hechos de armas, esclarecidos prolijamente en juicio contradictorio.

Art. 9.º Propondrá con toda urgencia la expresada Junta la organización para el gobierno y administración de todos los ramos de la armada, que concilie las posibles economías con la interesante conservación del material, y el estímulo personal que garantice el mejor servicio del Estado.

Art. 10.º Todos los que en virtud de este decreto asciendan y excedan al número fijado en el presupuesto que rige en la actualidad, solo percibirán los sueldos correspondientes al empleo anterior, mientras no ocupen vacantes reglamentarias ó no se consignen créditos al efecto en presupuestos sucesivos; pero si tendrán derecho a las asignaciones ó sueldos especiales que correspondan a los cargos ó destinos que desempeñen.

Art. 11.º El número que este decreto señala para todas las clases del cuerpo general no podrá ser alterado sino en virtud de una ley; y de estas disposiciones, así como de todas cuantas se refieren a organización de la armada, dará cuenta el ministro de Marina a las Cortes constituyentes.

Madrid 24 de Noviembre de 1868.—El ministro de Marina, Juan Bautista Topete.

Cuadro de los generales, jefes y oficiales de que debe constar el cuerpo general de la armada.

1 almirante, 6 vicealmirantes, 44 contraalmirantes, 54 capitanes de navío, 74 capitanes de fragata, 80 tenientes de navío de primera clase, 170 tenientes de navío de segunda clase.—Alféreces de navío.—Guardias marinas de primera y segunda clase.

Nota. No es posible fijar número en la clase de alféreces de navío, porque resulta de los exámenes semestrales a que por reglamento están sujetos los guardias marinas al cumplir cinco años de embarco.

Tampoco puede fijarse el de guardias marinas, aun cuando está suspendido eventualmente el ingreso de aspirantes en el Colegio Naval, porque varía cada seis meses, según lo expresado anteriormente.

#### PARTE EXTRANJERA.

##### DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

Paris, 23 (recibido el 24 por la tarde.)

La muerte de Mr. Berrier es desmentida: todavía existía esta mañana.

Se dice que Mazzini ha fallecido en Lugano.

Paris, 23.

3 por 100 interior español, 31 7/8.

3 por 100 exterior, 35 3/8.

3 por 100 francés, 74 5/8.

4 1/2 francés, 101.

Londres, 23.

Consolidados, 94 a 118.

Paris, 23.

Los rumores de modificación ministerial que han circulado estos últimos días no tienen fundamento. Hasta las próximas elecciones quedará el gabinete de las Tullerías tal como está constituido hoy.

El Sr. de Moustier, ministro de Negocios extranjeros, ha tenido dos entrevistas con la ex-reina doña Isabel de Borbon.

Berlin, 33.

Los amigos del conde de Bismark han vencido en la cuestión ministerial, porque el rey Guillermo ha admitido la dimisión de los dos adversarios del conde.

#### EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 25 DE NOVIEMBRE DE 1868.

#### LA IGLESIA, PROHIBIDA EN ESPAÑA.

Hicimos antes de ayer algunas observaciones acerca del decreto de libertad de asociación, y terminábamos nuestro artículo suplicando a los periódicos ministeriales que si nos habíamos equivocado en la interpretación de alguna de las disposiciones del Gobierno, se sirvieran aclarárnoslas despues de bien enterados.

Uno de estos periódicos, el que más íntimas relaciones tiene con el ministro de la Gobernación, autor del referido decreto, nos ha contestado en un párrafo, con aires de gaceta, que si nos figurásemos que la medida del Gobierno se había dictado para favorecer a los Jesuitas, conferencias de San Vicente y demás corporaciones por el estilo, no nos llevaríamos chasco.

El asunto es demasiado grave para tan trivial respuesta, que sin embargo de su trivialidad, revela ya el espíritu que en altas regiones impera. Nosotros la damos por no recibida, y volvemos a pedir que se nos diga principalmente si en virtud del referido decreto pueden establecerse en España asociaciones católicas que reconozcan dependencia y sumisión a una autoridad espiritual establecida en país extranjero.

Si se nos dice, como debe decirse, que el decreto no se refiere, ni puede referirse a las asociaciones católicas que, a fuer de tales, dependen del Sumo Pontífice, y le prestan obediencia, porque no entra en la jurisdicción de la autoridad civil legislar sobre materias puramente espirituales, y además, porque Roma, patria común de todos los católicos del orbe, no puede considerarse como nación extranjera para los españoles que son eminentemente católicos, según ha declarado el gobierno provisional; en tal caso, daremos las gracias al mensajero de tan grata nueva, y volveremos a suplicar al señor ministro que tenga la bondad de dejar consignada esta contestación en un documento oficial que le honrará sobremanera, y bastará por sí solo para enjugar las lágrimas que la nación

ha derramado con la lectura de algunos otros decretos del ministerio de Gracia y Justicia. Entraríamos entonces los católicos en el derecho común de que estamos privados desde la expulsión de los jesuitas, supresión de las conferencias de San Vicente de Paul, reunión forzosa de monjas de distintas comunidades en un solo convento, y otras medidas semejantes.

Pero si, al tenor de lo indicado por un diario progresista, el decreto se ha dado para impedir que renazcan estas y otras asociaciones católicas, entonces tenemos que dejar a un lado a los ministeriales, para interpellar muy formal, muy gravemente al Gobierno, rogándole que medite mucho la respuesta.

El art. 4.º del decreto dice textualmente: «Se prohíbe a las asociaciones, cualquiera que sea su objeto, reconocer dependencia, ni someterse a autoridad establecida en país extranjero.»

Si en este artículo están comprendidas las asociaciones religiosas que dependen del Sumo Pontífice romano, y tienen que vivir sometidas a la autoridad de la Santa Sede; sepálo el Gobierno, sepálo la nación española, entonces queda prohibida en España la Iglesia católica.

Esto será imposible, será absurdo (nadie lo comprende mejor que nosotros); pero no se negará, no podrá ponerse en duda, que este imposible, este absurdo, se desprenden literalmente del art. 4.º del decreto sobre libertad de asociaciones, interpretado ya en sentido restrictivo de la libertad de toda asociación católica.

Vámoslo a ver.

«Se prohíbe a las asociaciones, cualquiera que sea su objeto, reconocer dependencia, etc.» dice la ley.

¿Es o no la Iglesia una asociación?

Responde el Catecismo: «La Iglesia es la congregación de todos los fieles cristianos.»

Esta congregación, ¿reconoce o no dependencia, vive o no vive en sumisión a una autoridad establecida en país extranjero?

En el supuesto de que el Papa sea considerado como autoridad establecida en país extranjero, ¿completamos la definición del catecismo: «La Iglesia es la congregación de todos los fieles cristianos, cuya cabeza visible es el Papa.»

No puede haber dependencia mayor que la que existe entre los miembros y la cabeza, ni mayor sumisión tampoco.

En la Iglesia católica es de esencia la congregación, es igualmente esencial que la congregación dependa del Sumo Pontífice romano, que está sometida al Vicario de Jesucristo, cabeza visible de aquel cuerpo místico.

Luego si esta dependencia, si esta sumisión quedan prohibidas, queda prohibida, queda fuera de la ley la Iglesia católica en España.

Esto es absurdo, monstruoso, repetimos; esto no ha estado, no ha podido estar en la mente del Gobierno; pero acabamos de probar con perfectísima evidencia que esto es lo que se desprende del decreto, tal como el liberalismo ha comenzado a interpretarlo.

Creemos de buena fe, lo repetimos, que el ministro de la Gobernación no ha querido ir tan lejos; pero nos inclinamos a sospechar que ese artículo se ha estampado en odio a ciertas instituciones religiosas, para las cuales depender de Roma es depender de una autoridad extranjera, según el gobierno.

Y si esto es así, lo imposible, lo absurdo renace con toda la terrible fuerza de la lógica, confirmada y robustecida por los hechos. Si los Jesuitas no pueden subsistir en España, porque son asociación sometida al Papa, dependiente de la Santa Sede, tampoco tiene ya existencia legal la Iglesia católica en España, porque congregación es, y congregación dependiente de la Santa Sede y sometida al Papa, autoridad establecida en país extranjero.

Los gobiernos podrán tolerar a la Iglesia católica; pero la Iglesia católica deja de tener existencia legal, y mañana que entre a regir los destinos del país un gobierno mas perseguidor del catolicismo que el actual, sin necesidad de una nueva ley, puede considerar prohibida la Iglesia en España.

A tales extremos lleva el odio inconsiderado a ciertas instituciones católicas, la falta de lógica en la aplicación del principio de libertad que se proclama.

La exposición que el Emmo. señor Cardenal Arzobispo de Santiago, en unión con sus sufragáneos los Excmos. señores Obispos de Tuy, Orense y Lugo, ha dirigido al Gobierno provisional, es, como habrán observado nuestros lectores, uno de los documentos más notables que de la docta pluma de nuestros celosísimos Prelados han salido a luz en estos desdichados tiempos.

Ventilase en dicha exposición las más graves cuestiones religiosas que de dos meses a esta parte se agitan en España, y se tocan además otras que aunque religiosas en el fondo, se consideran como políticas en su inmediata aplicación al estado actual de la sociedad. Campea entre ellas el punto relativo al sufragio universal.

«Nosotros, dicen los venerables Prelados de la provincia compostelana, partimos del hecho de nuestra reciente revolución, y aunque no hemos tenido parte en ella, en esta situación accidental, reconocemos el sufragio universal como medio de personificar la autoridad en un individuo ó en un cuerpo moral, que ejerza la soberanía y rija la sociedad. Lo único que deseamos es que la elección se haga pacífica y libremente, que cese el conato de las pasiones, y que salgan de las urnas diputados amantes de su patria, y capaces de darnos un gobierno digno y que secundando las aspiraciones, no de una fracción, sino de la generalidad del pueblo español, tan amigo

de lo recto, de lo justo, de lo noble y generoso, tan amante de su religión, que es la única verdadera.»

Estas palabras tan graves, solennemente y meditadas deben servirnos a los fieles de lección y guía en la escabrosa senda de la revolución, en la cual, los que nos proponemos no apartarnos una línea siquiera del deber, permaneciendo fieles a la doctrina católica, tenemos que andar con el oído atento a la voz de aquellos a quienes el Espíritu Santo ha puesto para regir la Iglesia a Dios.

Firmes en este propósito, y colocados al propio tiempo en la necesidad de salir todos los días al encuentro de los centuplicados ataques de los enemigos del catolicismo, no saben bien, no pueden figurarse nunca nuestros lectores con qué ansiedad esperamos el menor eco de aquella voz, para secundarla con nuestro humilde acento, seguros como estamos de que siguiéndola, no vamos errados, de que obedeciendo, no podemos engañarnos, ni extraviar a los demás en el buen camino.

Hechas estas advertencias, ó más bien, reiterada esta protesta que mil veces hemos estampado, y mil millones de veces estamos dispuestos a repetir, exponamos ahora la doctrina de los Prelados compostelanos, acerca del sufragio a que estamos llamados los españoles.

Los Prelados reconocen el sufragio universal como medio de personificar la autoridad en un individuo, ó en un cuerpo moral que ejerza la soberanía; pero lo reconocen accidentalmente, ó como ellos dicen, en esta situación accidental. Esto está de acuerdo con el Syllabus, el cual condena la siguiente proposición: «La autoridad no es otra cosa que la suma del número y de las fuerzas materiales.» Esto no es proclamar el sufragio universal como origen y fundamento de todo poder, y así lo declaran expresamente en otro párrafo que hemos copiado.

Lo reconocen como medio de personificar la autoridad en un individuo ó en varios individuos; de lo cual se desprende que si del sufragio universal saliese directamente un Monarca, lo reconocerían, si saliese la república, la reconocerían, y si unas Cortes soberanas, igualmente serían por ellos reconocidas, como medio de personificar la autoridad, sin la cual no existe sociedad.

Esta cláusula, a nuestro modo de ver, deja completamente a salvo todo otro derecho, todo otro principio de legitimidad.

Así y todo, gran cosa es ya para los católicos saber que pueden acudir a las urnas a emitir su voto, y venir a las Cortes con plena tranquilidad de conciencia; gran cosa es saber que si del sufragio directo ó del indirecto de las Cortes sale la monarquía, pueden aceptar la monarquía, y si la república, la república, siempre como personificación de la autoridad, y según creemos nosotros, sin perjuicio de todo otro derecho anterior al del sufragio universal, hoy solo admisible por hallarnos en una situación accidental.

Pero los sapientísimos Prelados añaden expresando su doctrina en forma de deseo, que es preciso que la elección se haga pacífica y libremente, lo cual no es más que aplicar a este caso concreto y determinado las reglas eternas de la moral y del derecho natural.

Desean también nuestros venerables Pastores que salgan de las urnas diputados amantes de su patria, y capaces de darnos un Gobierno digno, etc. Y como quien quiere el fin quiere los medios, harto claramente dicen que los electores deben acudir a las urnas para que los diputados y el futuro Gobierno, por consiguiente, no sean hechura de una fracción, «sino de la generalidad del pueblo español, tan amigo de lo recto, de lo justo, de lo noble y generoso, tan amante de su religión, que es la única verdadera.»

Por aquí puede ver el Gobierno provisional cuánto le importa que las elecciones futuras sean pacíficas y libres. Sobre esta base descansa el futuro edificio social. Sin libertad en las elecciones no puede haber ni verdadero gobierno, ni verdadera autoridad nacida del sufragio.

Sean, pues, libres las elecciones y para ello procure desde ahora el Gobierno calmar las pasiones, desarmar todo cuerpo que no pertenezca a la fuerza regular, nombrar autoridades que ofrezcan garantías de imparcialidad.

De lo contrario, la elección no será libre y faltando este cimiento no podrá construirse sólidamente el edificio del nuevo orden social.

Despues de enumerar El Pueblo la larga serie de candidaturas al trono de España y excitar al Gobierno a que se declare por un monarca, así como se ha declarado por la forma monárquica, escribe:

«¿A qué guardar más tiempo un silencio tan obstinado? ¿O es que se quiere que se hagan multitud de interpretaciones a cual más desfavorables? Si nosotros nos hiciéramos eco de los rumores que con este motivo corren, diríamos que el no pronunciarse la última palabra es porque cada individuo del Gobierno tiene compromisos con diferentes candidaturas: Italia, Francia, Portugal, Sajonia, Prusia, Inglaterra, etc., etc., danzan en el asunto con más ó menos probabilidades de éxito. Hay hasta quien asegura que no falta algún alto personaje que tiene contraidos compromisos consigo mismo, y que antes se votará él que votará a ningún otro.»

La situación actual tiene como se ve algún punto de semejanza con los de los últimos momentos del reinado del imbécil Carlos II. . . . .

Basta.

Dirigiéndose La Opinión a Napoleón III, escribe:

«¿Qué cosas tiene el Sr. Bonaparte! ¿Pues no medita mejor cuando desansa! ¡Vea Vd., hombre, qué rareza! ¿Conque tiene Vd. la nostalgia del reposo? ¿Procure Vd. salir de allá porque la ex-reina de España se sentía lo mismo que Vd. en los

primeros días del mes de setiembre último y le costó caro.»

Lo que debe procurar Napoleón III es no tener hermanos como el duque de Montpensier, ni generales vicalvaristas.

Si la ex-reina Isabel hubiera sido fiel a su juramento, dice El Diario Español, ella y su descendencia habrían continuado rigiendo los destinos de esta nación.

Hasta ahora no sabemos que doña Isabel de Borbon hubiese jurado distribuir los destinos públicos entre los unionistas. En cambio, nos constaba que los unionistas habían jurado defender a doña Isabel II como reina de España, y que en efecto cumplieron su juramento cuando estaban empleados.

Con tono compungido nos cuenta El Diario Español que las alteraciones en el personal de Gracia y Justicia no las ha determinado el ministro, sino las juntas que de 500 jueces de primera instancia, dejaron cesantes más de 400.

Comprendemos el sentimiento del diario defensor del ministro de Gracia y Justicia:

El Sr. Romero Ortiz, en efecto, debe haber llevado muy a mal que las juntas le impidiesen hacer con los jueces el zafarrancho que acaba de llevar a cabo con los magistrados. Mucho tememos que se desquite con los curas ó con los Obispos.

Bien decíamos días pasados que los revolucionarios unionistas habían dado con la honra de su zapato.

Los unionistas tienen miedo y los periódicos empiezan a tomar un tono parecido a aquel de que usaban en 1865.

Vease en prueba de ello los párrafos siguientes de La Política:

«No nos alarmamos tampoco por ese entusiasmo y esta intolerancia. Creemos que las cosas no pueden seguir así y que no tardarán en entrar en caja. De lo contrario, la lucha legal sería imposible y los monárquico-liberales tendrían que acabar por abandonar el campo a los republicanos.

No es posible, en efecto, que el partido monárquico, retraído y tímido de suyo, luche con un partido exaltado y audaz, cuando, lejos de tener aquellos la protección necesaria para que sus reuniones no sean turbadas y disueltas, como lo han sido en Sevilla, Cádiz y Orense, estos cuentan con autoridades que en sus allocuciones proclaman la república federativa, como lo hizo no ha mucho el gobernador de Huesca, ó presiden las demostraciones populares dando vivas a la democracia republicana, como acaba de hacerlo el gobernador de Zaragoza.»

«Ya lo oye el gobierno: el partido republicano es hoy la fuerza viva más grande, más potente de España. Todas las demás son fuerzas pequeñas ó fuerzas muertas. Aquel partido cuenta con las masas populares, y cuenta además con la acomodaticia inacción de unas autoridades, con el apoyo franco y leal de otras. Si el Gobierno no ha de hacer en la cuestión de orden público más de lo que ha hecho hasta aquí, vale más que siga los consejos de La Discusión y que se modifique en sentido republicano. A cambio de esto, los republicanos garantizan la cuestión de orden público.

¿Qué más se les puede pedir a los republicanos, árbitros de todo, hasta del derecho de reunión pacífica? ¿Qué más pueden desear los que no lo son?»

Parece que la cosa marcha más a prisa de lo que se pensaba.

¡Justicia de Dios!

Un periódico de tendencias unionistas se mofa del eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de Santiago porque ha salido a la defensa de su honra y la de todo el Episcopado, herida por algunas palabras del Sr. Castelar.

Verdaderamente es para chocar a un revolucionario, que en estos tiempos en que al grito ¡viva España con honra! se falta a todo, incluso a la palabra dada y a juramentos prestados, haya quien rechace y persiga como calumnia hechos análogos a otros de que muchos se glorian, y que algunos alegan para obtener gracias ó pingües destinos.

Insiste El Ejército y la Armada en pedir que se publiquen los partes oficiales de la batalla de Alcolea. En prueba de su petición relata los rumores que corren acerca de aquel hecho de armas, expresándose en los términos siguientes:

«Según unos, y esto parece lo mas cierto, la batalla quedó pendiente a las nueve de la noche sin que fuera ganada ni perdida, y en disposición de que el general Pavía la hubiera continuado, a no habersele impedido la gravísima herida que recibió, la mañana siguiente, bien renovando el ataque del puente, bien variando el plan de las operaciones (que es lo que desde el principio parece debió haberse hecho), pues que el ejército, ni fué batido, ni mucho menos derrotado; siendo además inmejorable su espíritu, como lo acreditó hasta el día 28. Dícese también, que hasta las diez de la mañana del 29, no tuvo noticia el general Serrano de la herida y estado de Pavía, ni de que las tropas de este se habían replegado a casi una legua del puente; y que entonces dejando la defensiva, pronunció su movimiento hacia el campo contrario, é invirtió todo aquel día en proponer, discutir y convenir en una capitulación, que daremos a conocer tan pronto adquiriera el suficiente grado de autenticidad el ejemplar que poseemos.

«Otros muchos pormenores, todos increíbles, se refieren en son de queja, pero con grandes aseveraciones, por individuos del ejército que se rindió, que capituló ó que no supo lo que se hizo, ó lo que le hicieron, sin haber sido derrotado ni vencido; siendo la opinión dominante entre ellos, que lo que algunos llaman la catástrofe, no hubiera ocurrido sin la pérdida de su general, cosa verdaderamente incomprensible, habiendo como había otros generales que le sucedieron ó debieron sucederle en el mando.»

Con el título de Un secreto de Estado publica El Centinela del Pueblo un artículo con el objeto de revelarnos que D. Salustiano Olózaga intriga para que se le nombre representante de España en París, pero independiente del ministerio de Estado, y constituyéndose en director de la política exterior de España.

El objeto final del Sr. Olózaga es, según El Centinela, traer a España al hijo de Víctor Manuel, duque de Aosta.



Hé aquí el párrafo más sustancioso del artículo que nos referimos:

«Sabemos que don Salustiano Olózaga y el señor Ratazzi, son el alma de la intriga, base de la candidatura que hoy denunciamos al patriotismo de los verdaderos liberales españoles. A través de servir sus particulares ambiciones, Olózaga y Ratazzi no temerán por lo visto lanzar a sus respectivos países en un camino sembrado de peligrosas aventuras, en cuyo término están la ruina de la unidad italiana y la posición en España de una restauración borbonica. Fecha ya de muy atrás el pensamiento de esta candidatura. Aprovechándose de su influencia, y a la sombra de la inacción del Gobierno provisional, D. Salustiano, valiéndose además de ciertas inteligencias con la fracción capitaneada por Ratazzi, ha logrado ir poco a poco dando cuerpo a tan malhadado proyecto. No es un secreto que el comendador Bensa ha sido el lazo de unión interpuesto entre los dos hombres de Estado a que nos referimos. No ha muchos días estaba todavía en Madrid el Sr. Bensa.»

Decididamente a los demócratas se les ha indigestado la marcha real, tocada el domingo por las músicas de los regimientos al general Prim.

Se conoce que la democracia, como niña, tiene el estómago débil. Y sin embargo, á juzgar por las apariencias, alimentos más fuertes le preparan sus amigos de ayer, unionistas y progresistas.

Dice *El Cronista*:

«Para nadie es un secreto que el deplorable estado de la Hacienda y de la nación, nos obliga á introducir verdaderas economías en los gastos de todas clases.

Este precepto salvador, ¿por qué no se aplica á la diputación de Madrid?

En 1854, 55 y 56, el presupuesto provincial de dicha oficina no excedía, según nuestros informes, de 200,000 rs. anuales. Pues bien, el que acaba de plantearse, con un lujo y una exhuberancia por todos reconocida, asciende á la considerable suma de 426,000 rs.»

*La Igualdad* publica un artículo en que defiende al ejército español de los cargos que se le han hecho por tomar parte en tantas sublevaciones. Dice que los militares se encuentran por un lado con la ordenanza á la que apellida *bárbara* y con las órdenes de todos los ministros de la Guerra, incluso el general Prim, que les manda ser ciegos instrumentos del poder, y por el otro con sus deberes de ciudadanos tal vez en contraposición con los militares. Deduce de aquí el periódico republicano que no es extraño se subleve el ejército mientras no se modifique la ordenanza, y concluye su artículo diciendo:

«Pedimos un ejército numeroso para poder sostener nuestra voluntad contra las necias pretensiones del extranjero. Un ejército barato que no nos sacrifique con excesivos presupuestos. Un ejército democrático que nos sirva y que no nos tiranice. Queremos realizar al militar y destruir el militarismo.»

Nos parece que artículos como el presente no deben ser hoy del agrado de los héroes de Alcolea, ni del general Prim que tanto desea hoy que se cumplan las ordenanzas militares.

Nos dice muy formal *La Reforma* que las revoluciones no sirven «para legalizar abusos escandalosos, para anechar traidores, para patrocinar fraudulentos manejos, para ocultar intenciones robos.»

Dice *El Siglo*:

«La *Libertad* dice que *El Siglo* consigna en sus columnas que la reina Isabel indultó y perdonó siempre á sus enemigos.

*El Siglo* ha probado, no ha consignado solo este hecho; y lo ha probado con las palabras del primer ministro, D. Leopoldo O'Donnell, que deben ser respetadas por *La Libertad*.

La *Reina* quiso perdonar con lágrimas en los ojos á los desgraciados amigos y cooperadores de *La Libertad*, al capitán Espinosa y á los sergentes fusilados en Junio del 66; y los ministros O'Donnell, Posada, Calderón Collantes, Vega Armijo, no quisieron.

El duque de Tetuan lo ha declarado voluntariamente en las Cortes. No hay escape. «Manos besa el hombre que quisiera ver cortadas.» Eso es suceso, progresistas. Paisais por el suplicio de tener que aguantar á vuestro mismo lado á vuestros eternos enemigos, á los que os ametrallaron en 56 y os fusilaron en 66. No hay más remedio que callar; pero no podeis discutir ningún hecho histórico, ni cuestión alguna importante, porque estais prisioneros de la lógica y del buen sentido. ¡Gran tormento!

También hemos dicho que eso de las influencias es pura patraña, cuentos de viejas, etc.; etc.; y también teneis que callar.»

Llamamos vivamente la atención de nuestros lectores hacia los siguientes párrafos que tomamos de *El Católico*, excelente revista que se publica en Madrid, redactada por eclesiásticos.

Dice así:

«La *Gaceta del Clero* sigue con el mismo título, no solo tratando las cuestiones políticas, sino disponiéndose con antiguos periódicos que han defendido y defienden las doctrinas católicas. Muy profundo ha sido nuestro disgusto al ver la posición en que se colocaba la *Gaceta del Clero*, y más por la deslealtad con que la sostiene. «En nombre de la Nunciatura, del Episcopado, del Clero, de los buenos católicos,» protestaba el otro día contra la actitud de *El Pensamiento Español*. No queremos terciar en la polémica, pero cualesquiera que sean las intenciones de la *Gaceta del Clero*, — las que suponemos buenas, — y las opiniones que sostenga, con algunas de las cuales no estamos conformes, creemos que ni la Nunciatura, ni el Episcopado, ni el Clero, ni los buenos Católicos, la han autorizado para hacer semejantes protestas.

Pero no para en esto la osadía de la *Gaceta del Clero* (perdonemos este periódico la palabra), sino que en otro artículo se constituye en censora y guía de los Obispos, advirtiéndoles que ella vera «con gusto la reunión de un concilio provincial,» no ahora, en estos momentos, sino cuando se «constituya el país.» A pesar de este carácter de supremacía eclesiástica que á sí misma se atribuye la *Gaceta del Clero*, «es triste la indiferencia glacial con que habla de la proclamación de la libertad de cultos,» al hacer la reseña de la manifestación monárquica celebrada el día 15 de este mes.»

A esto tenemos que añadir que dicha *Gaceta del Clero*, liberal, como si el Catolicismo no tuviese hoy un enemigo en España, continúa casi exclusivamente dedicada á combatir á los periódicos religiosos, calumniándolos y desfigurando horriblemente los hechos y nuestras intenciones.

Anoche nos dedicaba una media docena de ar-

tículos, y lo mismo hace todos los días desde que ha salido á luz como periódico político. Buen provecho... á la prensa revolucionaria que lo aplaude.

Una persona fidedigna y respetable nos escribe de Vitoria con fecha del 23, que hacia tres días se estaba recogiendo firmas en aquella ciudad para una exposición en sentido católico, y que á última hora había llamado el gobernador á varias personas de las que se ocupaban en este buen servicio, conminándolas con el destierro, si continuaban en él, y declarando que esas eran las órdenes que había recibido del gobierno.

Deseamos que los periódicos ministeriales nos digan si el hecho es cierto; pues si lo fuere, sería un nuevo rasgo que caracterizaría la situación de los católicos en la eminentemente católica España.

Si aquí parece que hay libertad para negar á Dios en los clubs, para representar pidiendo la separación de la Iglesia y del Estado, para predicar doctrinas protestantes y materialistas, y que la libertad no existe para defender la religión verdadera que es la religión de todos los españoles.

He aquí los efectos de una situación doctrinaria en que solo el mal es libre y sola la Iglesia esclava.

Nos advierten asimismo que todas las personas que andaban recogiendo firmas son seglares.

El liberalismo es igual en todas partes, y bastante manifiesta sus tendencias é intenciones, para que haya quien crea en su imparcialidad. Multitud de hechos en todos tiempos y lugares muestran claramente que el liberalismo es enemigo irreconciliable de la Iglesia católica, y por eso no debemos fiarnos de los que se presentan un día como católicos y aun protectores del catolicismo, porque suelen ser sus más encarnizados verdugos al día siguiente.

Y no nos referimos á España, donde los hechos que estamos presenciando dicen con harta elocuencia cuáles son las aspiraciones del liberalismo; no nos detengamos en nada de cuanto pasa aquí, bien conocido de todos, y veamos lo que sucede en un país libre, republicano, en Suiza.

Parecía lo natural que en este país todas las opiniones y creencias fueran respetadas y tuvieran iguales derechos, y así efectivamente está consignado en sus constituciones; pero por lo visto, nada de esto se refiere á los católicos, respetados mientras tienen igual ó mayor poder que sus adversarios, y combatidos violenta y aun brutalmente en los cantones en que predominan los irreligiosos é impíos. Es más, las constituciones del cantón de Ginebra, por ejemplo, prometen á los católicos libertad y protección, y sin embargo, los católicos son atacados y combatidos en las cuestiones de cementerios, de procesiones, de escuelas, y en todas cuantas instituciones reciben su apoyo del Catolicismo.

Estos días se han verificado en Carouge las elecciones para el Gran Consejo: lo que ha pasado en estas elecciones, según vemos en cartas de Ginebra, publicadas por el *Univers*, y los debates que las han precedido, ha hecho entrever á los católicos lo que será la libertad y protección según los protestantes y radicales. Hay que tener en cuenta que los radicales se han presentado hipócritamente durante muchos años, como defensores de los católicos, prometiendo aplicarles con justicia su principio de libertad igual para todos.

Sus discursos engañosos y la habilidad de su jefe el Sr. Fazzi, hacían caer en el lazo á muchos cándidos que al oírles decían: «estos son buenos, estos no atacan á la religión,» y en vano algunos, mejor avisados, advertían á los electores católicos el peligro á que se exponían; los radicales entraban con piel de oveja en medio de la grey. Y en cuanto han tenido probabilidades de que su partido triunfara de todas maneras, y han creído que no era necesario fingir, se han mostrado tales como son, enemigos jurados del catolicismo. De su campo partieron los primeros golpes de la guerra contra la Santa Sede; ellos empezaron la campaña contra los cementerios católicos; y en Marzo de este año produjeron motines y violencias, en cuanto se anunció el proyecto de una escuela católica libre en Carouge.

Los católicos vieron claramente que los radicales eran más enemigos todavía que los protestantes, y se decidieron á romper las cadenas que los oprimían, trabajando, no ya en favor de los radicales como antes habían hecho, sino en favor de católicos, á fin de que los católicos tuvieran verdaderos y legítimos representantes.

En su consecuencia, intentaron hacer algo en este sentido, pero sus esfuerzos han sido vanos, á pesar de que los católicos en algunos puntos están en considerable mayoría.

Desde luego la empresa no era fácil, porque la ley electoral está dispuesta de manera que, con el menor motivo, puede haber intrigas y violencias. Todos los electores del distrito, que es grande, tienen que reunirse en Carouge, y escribir en una sala el nombre de 43 candidatos, observando una porción de minuciosas precauciones, cuya más pequeña inexactitud ó olvido anula la candidatura. Algunos hombres generosos procuraron obviar todos los inconvenientes y dificultades, facilitando la elección á los electores católicos. Hicieron una lista de los candidatos más recomendables, teniendo la imparcialidad de poner en ellas, no solo á los católicos, sino á sus adversarios, para que todos los partidos estuvieran representados.

Así habían hecho otros años los independentes, radicales y protestantes, admitiendo en sus listas á algunos católicos; pero este año, lejos de imitar la noble conducta y moderación de estos, han manifestado gran odio y rencor hacia los católicos, eliminando de sus listas á todos los que tenían sentimientos religiosos.

Y para más atacar y vencer mejor á los católicos, los independentes y radicales, cuyos campos están profundamente divididos (como en España los unionistas y demócratas), consintieron en hacerse concesiones recíprocas, y permaneciendo hostiles en las demás cuestiones, se asociaron para atacar al catolicismo. En este punto todos sus programas están acordes: perseguir á los católicos, á quienes allí dan su verdadero nombre, aunque además los llaman clericales, ultramontanos y oscurantistas. Todo como aquí, excepto la palabra neo: en Suiza los anticatólicos son francos.

Dada la actitud de estos, los católicos se enardecieron al ver que ya se les combatía de frente, y acudieron á la ciudad gran número de electores; pero SE LES HA NEGADO LA LIBERTAD DE VOTAR. Los radicales habían ocupado de antemano las posiciones ventajosas de la sala, poniendo además en sitios convenientes multitud de jóvenes perturbadores, y en cuanto empezó el escrutinio, empezaron los gritos, los insultos y las amenazas contra los católicos y sus candidatos.

Se quería, sin duda, provocarlos á una colisión para hacerlos responsables; pero su actitud noble y prudente y la manera de emitir su sufragio exasperaron á sus adversarios, y entonces pasó una escena inaudita; se dió la señal, y multitud de furiosos se lanzaron sobre el presidente de la junta católica, arrastrándole afuera y golpeándole é injuriándole: todos sus cooperadores sufrieron la misma suerte; las tablas en que se escribían las candidaturas fueron arrancadas, las listas se rompieron, y en medio de la confusión, los electores católicos se vieron en las calles contusos y ensangrentados. El golpe fué tan traidor como seguro: los católicos que no estaban preparados, y que eran menos en número, no creyeron prudente rechazar la fuerza con la fuerza, y se retiraron al ver tan incalificable violencia, que debe publicarse para que se sepa cómo se hacen las elecciones en el cantón liberal de Ginebra, de la liberal Suiza.

Los radicales quedaron dueños del campo, tocando el himno de Riego, ¡qué disparate! creíamos que hablabamos de España) y gritando: «¡Viva la Libertad! ¡Viva la justicia!»

Concluimos: los anticatólicos de Suiza siguen una conducta idéntica á la de los liberales de España; sus programas son los mismos; los artículos de los periódicos de aquí serían firmados sin escrúpulo por los anticatólicos de allí y viceversa. Esto y otras cosas que no es necesario decir, prueba que los liberales de aquí y los anticatólicos de allí, quieren lo mismo, atacan lo mismo, persiguen á lo mismo. ¿Cuál es el blanco de estas iras y persecuciones? En Suiza se dice «los católicos,» en España se dice «los neos, los reaccionarios.» ¡Ah! si el liberalismo no combatiera á la religión y á la Iglesia, como dicen los liberales españoles y el mismo Gobierno provisional; si el ataque fuera á ideas políticas, á los carlistas, á los reaccionarios, bien seguro es que los católicos de Suiza no sufrirían lo que sufren, porque allí no hay ni reaccionarios, ni carlistas: allí no hay mas que católicos que quieren y piden los mismos derechos que los demás ciudadanos, y la libertad é independencia de la Iglesia. Lo mismo que los radicales de Suiza hacen contra los católicos, hacen los liberales de España; el liberalismo es siempre y en todas partes enemigo de la religión.

La *Discusión* entona el canto de triunfo, porque la idea republicana se apodera de toda España. Y *El Puente de Alcolea*, *El Centinela del Pueblo* y *La Nación* tratan acerbamente al poder por sus nombramientos. Y *La Epoca*, inspirada por los más rectos y desinteresados móviles, según dice ellas pide al Gobierno que administre y que restablezca decididamente el orden y el respeto á su autoridad, á sus atribuciones y á sus funcionarios en todo el país.

El Gobierno provisional puede entretanto estar satisfecho de sus obras.

*El Diario Español* suplica al señor ministro de Hacienda que se sirva dar orden terminante para que las operaciones de la suscripción al empréstito se verifiquen con mas brevedad, y según la urgencia que la índole de aquel importantísimo servicio reclama.

Ya sabemos que urge mucho el asunto, menos para los unionistas.

Se nos remite para su inserción los siguientes documentos:

Señor redactor del *Gil Blas*.

Muy señor nuestro: Las señoras de Sevilla en la petición que han dirigido al Gobierno, nunca anhelaron el elogio ni temieron al vilipendio. No suenan en lo general leer periódicos, y hubieran ignorado el juicio poco benévolo que sobre aquellas contiene el periódico que V. dirige en la capital, á no haberlo reproducido con la misma poca benevolencia un periódico de esta ciudad. En el terreno de las apreciaciones, toda contestación es del dominio de la polémica, en la que por cierto no entraremos, dejando al buen sentido y á los sentimientos de cada cual formar su juicio. Pero en cuanto á los hechos, es en nosotros poco grato, pero obligatorio el desmentir lo incierto que el periódico de V. publica, al decir que las señoras que por las monjas se han interesado, no lo hicieron por los condenados del Arzobispado y Utrera.

Aparte de lo extraño del parangón, hay que este asunto una rotunda falsedad, puesto que una comisión de señoras se presentó en aquella ocasión al capitán general, que las recibió con suma finura, sintiendo que no estuviese en sus atribuciones

el anular las sentencias de un consejo de guerra; igualmente dirigieron una solicitud á S. M. pidiendo indulto, porque las señoras de Sevilla movidas por la caridad cristiana están llenas de interés y de compasión por todos los infortunios sea cual fuese su causa.»

Suplicamos á V. inserte esta rectificación en su periódico.—B. L. M. de V.—Varias señoras de Sevilla.

Sr. Director de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL. No habiendo insertado el periódico *Gil Blas* el anterior comunicado, rogamos á V. se sirva hacerlo en su apreciable periódico.—Varias señoras de Sevilla.

Dice *El Federalista* de Barcelona:

«Obedientes al consejo del Sr. D. Nicolás María Rivero, todas las juntas dimitieron ganosas de demostrar que nadie las superaba en amor patrio. Veinticuatro horas después de abnegación tanta, todos los pueblos se arrepienten de su cándidez. Y como para petardos basta con uno, sobre todo de la especie del que se llora, hoy los pueblos escuchan mas á su criterio que al consejo de los santones.

Hace pocos días salió de Cádiz el vapor España, conduciendo tropas para Cuba, en los días 27, 28, 29 y 30 saldrán otros vapores con el mismo objeto.

*La Nación* encuentra digno de censura al gobierno porque no se apresura á sustituir su integridad con algo efectivo, porque pasa el tiempo y no convoca á los que han de afianzar el actual estado inseguro y violento.

Los progresistas también se levantan contra el gobierno. (Que ingratitud!

Los monárquico-liberales acusan á los republicanos de violentos, y estos son á su vez acusados de lo mismo por aquellos. Hé aquí lo que dice á este propósito *La Igualdad*, periódico dirigido por el Sr. Figueras:

«Si hay deliberado propósito de turbar la paz, obliguemos con nuestra actitud digna y serena á descubrir á quien los tenga sus hoy velados intentos; obliguemos á manifestarlos de tal modo que no sea posible la duda, para que el país pueda juzgar y hacer justicia. Y cuando esto sea, entonces cumpla cada cual con su deber, y venga lo que viniere.»

Los masones italianos han enviado una carta de felicitación á los masones españoles, considerándoles como los principales causantes de la revolución de Septiembre.

¿Esas tenemos, señores unionistas?

*El Diario oficial* publica el siguiente aviso de la alcaldía del ayuntamiento popular de Madrid:

«Con el fin de simplificar en cierto modo el alistamiento de los voluntarios de la libertad, se puso en los padrones de vecindad una casilla destinada á que el vecino que quisiera pertenecer á los batallones de aquellos, pudiera expresar en ella su voluntad; pero atendiendo á lo adelantado que está ya dicho alistamiento, se advierte á los vecinos de esta heroica villa que consideren tales casillas como no existentes, y por tanto como de ningún valor para las operaciones del empadronamiento, debiendo en su consecuencia dejarlas en blanco.

Madrid 20 de Noviembre de 1868.—Nicolás María Rivero.»

El alcalde primero de Madrid ha dado una proclama á los voluntarios de la libertad, que según la nueva organización de la milicia están á sus órdenes, recomendándoles la prudencia, el orden y el patriotismo, y diciéndoles no busquen semejanzas con instituciones que tienen distinto objeto que la milicia.

## CORREO DE HOY.

A la *France* no le parece bien que dure tanto el período provisional revolucionario en España; y aunque cree que esta situación espectante contribuirá al triunfo de las ideas de moderación y conciliación, es decir, al triunfo del gobierno y de la monarquía constitucional, dice:

«Seguramente, el mantenimiento indefinido del statu quo tendría graves peligros, porque las cuestiones se precipitan. La organización práctica del sufragio universal, la reunión de las Cortes, la libertad de cultos, la pacificación de la Habana, la elevación del crédito, la creación de una monarquía liberal como coronamiento del nuevo orden de cosas, todos estos grandes intereses reclaman una solución tan pronta como sea posible.»

*El Monde* publica un juicioso artículo sobre la situación de España, del cual tomamos los siguientes párrafos:

«España no sale de la crisis revolucionaria. La revolución la dice: «escoge entre la república y la monarquía: esto es manía. La república, y una república anárquica, es de hecho el gobierno de España. En cuanto a esta monarquía, no es más que una agazapa. Priu y Serrano saben bien que los candidatos que patrocinan representan la soberanía del pueblo y no el principio monárquico... Si España es fielmente adicta á la tradición monárquica, volverá los ojos hacia D. Carlos, que es su único defensor. Se le echa en cara que es absolutista, y muchos franceses se imaginan que es el hombre del gobierno absoluto, tanto mas cuanto que sus partidarios en España son llamados absolutistas. Como esta palabra tiene una mala significación, importa explicarla. Si se entiende por absoluto al rey cuya voluntad no conoce límites, los reyes de España no merecen la calificación de absolutos. Principes cristianos, su autoridad y su derecho son limitados por el derecho y autoridad de la Iglesia...

«Prim podría establecer un Gobierno absoluto; por su derecho es su fuerza y su habilidad: llegar al poder á un golpe de mano. D. Carlos llegaría al poder por la conformidad de su derecho y de su interés, con el derecho y el interés de España. La cuestión monárquica está, pues, mal planteada, ó mejor, no está planteada. Invitar al pueblo español á votar por una monarquía, guardándose Serrano y Prim el nombre del que debe ocuparla, es burlarse. La monarquía no es nada, fuera del que la representa; esto no es una teoría, una abstracción, es un hecho jurídico concreto. Escoger un Rey, es de la esencia del principio republicano. Se trata de reconocer al Rey, ó de ver cuál es el que llena mejor las condiciones del orden hereditario, de otra manera, la utilidad de la monarquía desaparece. Elegir un rey ó un presidente es la misma cosa; en los dos casos, la autoridad principal es la del mandante; el rey y el presidente no tienen mas que una autoridad delegada, y ya se sabe que el mandante puede revocar al mandatario. La elección perpetua la anarquía, lejos de ponerla término. No se trate, pues, de engañar á España; las ideas monárquicas con que se la procura adormecer, no tienen ya nada de monárquico. El

partido que domina á esta infortunada nación, no es bastante fuerte para abjurar de un lenguaje que no está en sus intenciones; tiene miedo de la conciencia pública.

«Se despertará esta? ¿Qué medios de acción quedan á las gentes honradas? La nación está como venecida de antemano por las instituciones modernas que la paralizan, y dejan todo el poder en manos de las facciones.»

Como se vé, pues, el excelente periódico católico de París, rechaza los términos medios, las soluciones ambiguas que son por lo demás una farsa.

La nueva ley de reorganización del ejército austro-húngaro ha disgustado á los demócratas y no ha satisfecho á los liberales de Austria. Green que no hay motivo para que el imperio tome una actitud tan belicosa, elevando á 800,000 hombres el efectivo del ejército. Todos los periódicos ultra liberales declaman contra la nueva ley, y se han celebrado algunas reuniones para pedir que se derogue. En ellas han hablado fogosos oradores, combatiéndola enérgicamente. Uno de ellos dijo: «Una ley acaba de privarnos por diez años de un importantísimo derecho para el pueblo, del derecho de votar las quintas.»

Dice *Las Provincias*, periódico de Valencia: «Sabemos que son muy pocas las personas que asisten á los colegios electorales á recoger las papeletas de elección. Extrañamos esta indiferencia del público cuando tan próximo está el día en que verdaderamente se ha de resolver el destino de la patria por medio del sufragio universal. Si los electores continúan por este camino, no culpen después al Gobierno del resultado de las votaciones: ellos y nadie más que ellos serán los responsables de esta solución; por lo demás, solo nos resta advertirles que el día 25 es el último en que estas papeletas se facilitarán.»

Tan poco prisa se ha dado el pueblo valenciano á recoger las papeletas que el ayuntamiento le ha creído de su deber repartirlas á domicilio. Mal papel va á hacer el sufragio universal si se toma con tanta indiferencia.

En varios conventos de Valencia se están haciendo días recogiendo firmas en favor de las religiosas. El domingo, á la puerta del convento de la Encarnación estaban firmando varias personas cuando se presentaron unos cuantos liberales, se apoderaron de la exposición, rasgaron las firmas y aterrorizaron á las personas que allí estaban.

«No es un insulto acallar la libertad para negarla á los demás?»

Leemos en un periódico de Tortosa:

«Nos han asegurado que un rico propietario de Tortosa piensa construir en su casa varias celdas donde instalar algunas monjas en caso que se lleve á cabo aquí lo dispuesto por el Gobierno provisional.»

*El Comercio* de Cádiz publica un artículo en el que trata de la cuestión de Hacienda y combate las medidas del Sr. Figuerola. Hé aquí las apreciaciones con que termina su artículo:

«No contando, pues, sino con los recursos ordinarios del país que, lo repetimos, dejarán un vacío, comparados con los gastos actuales, de 400 á 500 millones, es evidente que habrá que adoptar uno de estos tres partidos:

1.º Aumentar fabulosamente las contribuciones, 2.º disminuir la tercera parte del presupuesto de gastos.

3.º venir á parar á la bancarrota.

No hay remedio: por uno de esos extremos ha de ser preciso optar. El empréstito, ó los empréstitos, salvan la dificultad del momento, aunque agravándola para el porvenir; pero no resuelven nada definitivamente. Casi sería un bien que no pudieran realizarse, porque en ese caso, el señor Figuerola tendría que hacer ahora lo que en peores condiciones habrá de hacerse dentro de un año, que es nivelar el presupuesto, so pena de no pagar una gran parte de las obligaciones del Estado.»

En Alicante salieron los republicanos con su bandera á esperar al Sr. Castelar, teniendo después una gran reunión, á la que asistieron 6,000 personas. El mismo día hubo una manifestación monárquica-constitucional, á la que asistieron los empleados, dependientes y colonos de la huerta, y entre todos no llegaban á 500.

Por muchas partes se va viendo esta diferencia en los números, que no deja de ser significativa.

Dice *La Verdad*, periódico de Valencia:

«Hemos recibido noticias de Onteniente, dándonos cuenta de la imponente y unánime actitud en que se ha colocado aquella población, con motivo de la orden recibida para la traslación de la comunidad de religiosas establecida en la misma. La noticia de este acuerdo produjo en los ánimos de todos aquellos vecinos la más profunda y violenta conmoción; inmediatamente se constituyeron en el convento las autoridades, jefes de todos los partidos y personas notables de la villa, ofreciendo á las religiosas su firme decisión de impedir á todo trance la traslación acordada y prometiéndoles atender á su subsistencia y comprar el convento, si fuera necesario, para su conservación; al propio tiempo se redactó una respetuosa, pero enérgica solicitud á la superioridad, que suscribió el pueblo entero, pidiendo se dejara sin efecto aquella medida, nombrándose una comisión de las autoridades y personas más caracterizadas para que se presentasen al Sr. gobernador de la provincia, á gestionar el buen éxito de la representación.

El entusiasmo, en una palabra, de todos aquellos habitantes sin distinción de color alguno político, es indecible, y todos se hallan dispuestos á sacrificar hasta su propia vida en defensa de las religiosas; por las noches se forman patrullas de voluntarios, que rondan por los alrededores del convento, velando por su seguridad.

De Játiva tenemos también iguales noticias respecto á la impresión que ha hecho en la ciudad la nueva de que uno de sus conventos iba á ser suprimido; y son también idénticas las disposiciones con que se preparan á impedirlo. ¡Ojalá se convengan nuestros gobernantes de lo impopolular é impolítico de estas medidas que tanto lastiman los sentimientos más profundos y arraigados del verdadero pueblo español.»

Dice *El Comercio* de Cádiz del 22:

«La reunión monárquica convocada para anoche en el teatro Principal, concluyó, según parece, antes de que pudiera resolverse cosa alguna, por una parte de los concurrentes prorrumperse en gritos de viva la república y otros que introdujeron gran confusión. Las mismas voces se oyeron entre los grupos que había cerca del teatro, con cuyo motivo las gentes corrieron y se cerraron varias tiendas en los sitios inmediatos.»

## BOLSA DE HOY.

Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 33-70, 80 y 70 34-25 pequeños; 32-60 p.: consolidado, fin cor. fir. 33-90 70 y 75 fin próx. fir. 33-90, 85 y 89.

Títulos del 3 por 100 consolidado exterior, publicado, 35-50.

Títulos del 3 por 100 diferido, 34-80.

Deuda del Personal; 25-90; consolidado, fin cor. vol. 25-90.

Billetes hipotecarios del Banco de España, publicados, 97-25 p.



